

17

COLECCIÓN DE
INVESTIGACIONES
EN DERECHO

Justicia, memoria, integración

Debates teóricos y experiencias
en el marco de las instituciones sociales

Adriana María Ruiz Gutiérrez, Adriana Valderrama López
& Alfonso Galindo Hervás (compiladores)



Universidad
Pontificia
Bolivariana

UNIVERSIDAD DE
MURCIA



Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas

341.73
R934

Ruiz Gutiérrez, Adriana María, compilador
Justicia, memoria, integración. Debates teóricos y experiencias en el marco de las instituciones sociales / Compiladores Adriana Ruiz Gutiérrez, Adriana Valderrama López y Alfonso Galindo Hervás -- 1 edición -- Medellín: UPB, 2020.
338 páginas: 17 x 24 cm. -- (Colección Investigaciones en Derecho, 17)
ISBN: 978-958-764-817-1 / ISBN: 978-958-764-818-8 (versión web)

1. Conflicto armado – Colombia -- 2. Integración social -- 3. Inclusión social --
I. Valderrama López, Adriana, compilador -- II. Galindo Hervás, Alfonso, compilador --
III. Título (Serie)

CO-MdUPB / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Andrés Felipe Duque Pedroza

© Henry Roberto Solano Vélez

© Jesús-María Silva Sánchez

© Julián Sauquillo González

© Enrique Ujaldón Benítez

© Miguel Cardina

© Beatriz Elena Mejía Restrepo

© Alfonso Galindo Hervás (Autor compilador)

© Adriana María Ruiz Gutiérrez (Compilador)

© Adriana Valderrama López (Compilador)

© Universidad de Murcia

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

© Juan David Villa Gómez

© Ledis Bohórquez Farfán

© Polina Golovátina-Mora

© Raúl Alberto Mora

© Santiago Rodas

© Hernando Blandón-Gómez

Justicia, memoria, integración

Debates teóricos y experiencias en el marco de las instituciones sociales

ISBN: 978-958-764-817-1

ISBN: 978-958-764-818-8 (versión web)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-818-8>

Primera edición, 2020

Escuela de Derecho y Ciencias Políticas.

CIDI. Grupo de investigación sobre Estudios Críticos. Proyecto: Modelo actual de reintegración: giros y continuidades del discurso securitario, atendiendo a la prevención del delito mediante la superación de las condiciones de vulnerabilidad de las personas en proceso de reintegración del Grupo territorial Paz y Reconciliación de Medellín" (radicado 108C-05/18-77), suscrito por la Universidad Pontificia Bolivariana, la Universidad de Murcia y la Universidad de Navarra.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Jorge Octavio Ramírez Ramírez

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Geovany Snehider Serna Velásquez

Corrección de Estilo: Santiago Gallego y Juan Pablo Rangel

Fotografías: © Sergio Gómez Z. - www.sergiogomez.rocks

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2020

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1910-30-09-19

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



Memorias de la guerra y de la violencia colonial: Portugal, 1961-2018*

Miguel Cardina
(Universidade de Coimbra, Portugal)

1. Introducción

El pasado es aún más imprevisible que el futuro. Podemos ver en esta conocida formulación más que un gesto de retórica artificiosa. Si el futuro, por definición, está abierto a la incerteza, el pasado está frecuentemente atravesado por disonantes lecturas históricas que componen verdaderas disputas para la memoria. Eventos socialmente disruptivos o marcados por cadenas de violencia, tantas veces repetidos, se constituyen así en ejemplos evi-

* Este texto fue desarrollado en el ámbito de los proyectos ECOS: *Historizar Memórias da Guerra Colonial*, financiado por la Fundação para a Ciência e a Tecnologia (IF/00757/2013) y CROME: *Memórias cruzadas, políticas do silêncio: as guerras coloniais e de libertação em tempos pós-coloniais*, financiado por el European Research Council (ERC-2016-STG-715593). Este trabajo ha sido traducido, parcialmente, por Alejandro Gómez Restrepo, pasante adscrito al Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos de la Universidad Pontificia Bolivariana.

dentes de esos “pasados que no pasan” y que, por eso mismo, se transforman en lugares de conflicto, reinterpretación o silenciamiento.

Portugal enfrentaba desde 1961 —primero en Angola y después en Guinea-Bissau y Mozambique, respectivamente, en 1963 y 1964— rebeliones armadas impulsadas por movimientos que luchaban por la independencia de esos territorios. Diversamente modeladas en función de los espacios donde emergieron, estas insurrecciones armadas acabaron por abrirle el camino a la independencia y por producir en Portugal el desmoronamiento del propio régimen. La inscripción de este evento histórico —ora como “resistencia fundadora” de las nuevas naciones, ora como parte de una más vasta historia de violencia colonial, ora como epílogo doloroso del imperio— ha sido efectuada a través de diferentes instancias de memoria, memorialización y olvido. La intervención que traigo analiza los procesos de memorialización y silenciamiento de este acontecimiento histórico concreto. Comenzaré con un breve marco acerca de la guerra colonial, para después hacer una lectura de los procesos diacrónicos de memorialización de la guerra en Portugal y terminar discutiendo las posibilidades de producir una memoria más plural y democrática sobre este pasado.

2. La guerra colonial en Portugal: contexto e impacto

Es importante comenzar con una breve contextualización histórica. En el inicio de la década de 1960, Portugal iba desacompañado con la historia. Solamente en 1960, 17 territorios africanos proclamaron su independencia. Al año siguiente, en Angola, más específicamente el 4 de febrero de 1961, grupos armados desencadenaron una serie de acciones en Luanda, entre ellas el intento de asalto a la prisión militar donde había varios presos políticos. El MPLA (Movimiento Popular de Liberación de Angola), movimiento de liberación que gobernaría el país, convirtió esa fecha en un momento simbólico central de la Angola posindependiente. Al mes siguiente, la UPA (Unión de los Pueblos de Angola) organizó una revuelta en las haciendas del norte, lo que provocó millares de muertos entre colonos y trabajadores negros y suscitó una reacción no menos feroz. Había comenzado la guerra.

En Portugal, las imágenes de las atrocidades provocaron una conmoción generalizada, amplificada por la prensa (entonces sujeta a censura), y fueron utilizadas por el poder político¹. Un país habituado a pensarse como tranquilo, con una presencia en África que entendía como consensuada y como parte de su “misión civilizadora”, se agitaba ahora por esas fotos que se exhibieron en los periódicos y en varios lugares de Lisboa. Salazar, el dictador portugués que estaba en el poder desde la década de 1930, mandó tropas para combatir la rebelión en Angola. En ese territorio, el MPLA, la UPA/FNLA (Frente Nacional de Liberación de Angola) y posteriormente la UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola), que ejecutó su primera acción el 25 de diciembre de 1966, combatieron a los portugueses y se enfrentaron entre sí. En Guinea, fue el PAIGC (Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde), empeñado en conseguir la independencia conjunta de Guinea-Bisáu y de Cabo Verde, quien condujo la lucha victoriosa contra los portugueses. A finales de la década de 1960, el PAIGC controlaba más de la mitad de Guinea, y el 24 de septiembre de 1973 —meses después del asesinato de su líder, Amílcar Cabral— el movimiento proclamó unilateralmente la independencia del territorio. En Mozambique, la lucha armada fue conducida principalmente por el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO).

Un elemento importante: la guerra se desarrolló lejos del territorio portugués. No fue ahí, en Portugal, donde se movieron las tropas, donde poblaron los caminos de minas antipersonales, donde sucedieron los ataques y bombardeos, donde se desplazaron poblaciones fuera de sus territorios de origen, donde se produjeron las micro y macroviolencias que las guerras siempre producen. Eso, desde luego, tiene una consecuencia: transforma los modos de recordar. La distancia crea una “memoria sin suelo”, en este caso agravada por el hecho de que la guerra se desarrolló en territorios distantes, no solo geográfica, sino también cultural y ambientalmente muy diferentes. Además, esa distancia ha producido, de manera reciente, fenómenos relacionados con el llamado “turismo de la nostalgia”, en el cual los excombatientes regresan a territorios donde combatieron para reencontrarse con su pasado —particularmente a Guinea, más cerca de Portugal, más pequeña y que encontró en ese nicho turístico una fuente de ingresos—.

¹ Sobre la función política de esas imágenes, véase Ramos (2014, pp. 397-432).

Desde el punto de vista portugués, la guerra quedaba lejos, pero algunos datos permiten percibir la magnitud de la guerra para la sociedad portuguesa. Portugal tenía entonces cerca de 9 millones de habitantes. Con excepción de Israel, era el país occidental con más hombres en armas. Estaba empleando en África un esfuerzo humano cinco veces superior, en términos comparativos, de aquel empleado a la misma altura por los Estados Unidos de América en Vietnam (Cann, 1997, p. 106). Se movilizaron cerca de 800.000 jóvenes para combatir en África, llevados lejos de sus comunidades de origen y afecto. A estos números deben sumarse los más de 500.000 africanos que fueron incorporados a las tropas portuguesas en un proceso que fue creciendo con el desarrollo de la guerra: en la década de 1970, y tomando en conjunto los tres focos de conflicto, el reclutamiento local estaba ya por encima del 40% del total de tropas regulares, y en Mozambique pasó a representar, a partir de 1971, más de la mitad del contingente (Matos, 2011, p. 127). Los números oficiales apuntan también a cerca de 9.000 militares portugueses muertos, 30.000 heridos y más de 100.000 víctimas de estrés postraumático, y eso solo desde el lado portugués. Es importante señalar que no se conocen datos completos y fiables sobre las víctimas ocasionadas entre la población civil y los guerrilleros africanos.

La guerra colonial termina con la proclamación de las independencias de las cinco colonias africanas: Angola, Mozambique y Guinea-Bisáu (donde se había desarrollado la guerra), y Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe (donde no hubo lucha armada en el territorio). En Portugal, la guerra colonial llevó a un conjunto de oficiales de rango intermedio a crear el MFA (Movimiento de las Fuerzas Armadas). En 1974-1975, Portugal entró en un proceso de descolonización sorprendente: un conjunto de militares llevó a cabo un golpe militar que derribó la dictadura del Estado Nuevo y abrió el camino a un proceso revolucionario de cariz socialista que marcó genéticamente la democracia en Portugal. El 25 de abril de 1974 —fecha en que los militares salieron a la calle y neutralizaron un régimen que casi no ofreció resistencia— señaló el fin de la dictadura y a partir de allí se crearon las condiciones para que se terminara con una guerra que estaba atravesando militarmente por un impase y que estaba, además, políticamente derrotada.

Estamos así ante dos perplejidades. La primera es esta: fueron los militares —quienes en muchas partes del mundo instalaron dictaduras— los que en Portugal condujeron a un cambio político que abrió el espacio para la democracia. La segunda perplejidad resulta de la constatación de que fueron los movimientos de liberación africanos los que, al infligir una de-

derrota política a Portugal, acabaron paradójicamente por liberar el país de la carga de ser una potencia colonizadora. Estas dos perplejidades están aún hoy vivas en la sociedad portuguesa y ayudan a explicar la forma como el país evoca selectivamente el pasado de la guerra.

3. Políticas del silencio

Creo que tiene sentido hacer una breve interrupción para contar una historia. A comienzos del año pasado, en febrero de 2017, estuve en Cabo Verde para presentar el proyecto internacional que estoy coordinando sobre la guerra. Por razones que sólo puede explicar el azar, un colega que me acompañaba y yo acabamos en una fiesta de una niña que cumplía 2 años. Era Carnaval y casi todos los invitados hablaban criollo caboverdiano y bebían animadamente. En un momento dado, el padre de la niña me preguntó qué hacía yo en Cabo Verde. Le expliqué que estábamos comenzando un proyecto sobre la memoria de las guerras coloniales y las luchas de la liberación en Portugal y en las antiguas colonias africanas. Él se detuvo por unos momentos, me miró de arriba abajo —medía cerca de 1,90 cm y aparentaba ser practicante de culturismo— y me dijo con cierta impaciencia: “Oye, ¡eso ya pasó hace tanto tiempo! ¡No interesa nada! Ya pasó...”. Una hora más tarde —después de haber cantado el feliz cumpleaños, comido la torta y bebido vino espumoso— me llevó a su sala y me mostró la única media docena de libros que tenía en el estante. Eran todos sobre la guerra colonial. Y entonces me explicó que su padre era portugués y su madre caboverdiana, que el padre combatió en el ejército portugués en la Guinea contra el PAIGC y que sus tíos estuvieron en Angola luchando contra el MPLA. Me dijo: “Una vez le pregunté a mi padre si había matado a alguien. Él me respondió que no sabía, que disparaban, pero no iban a comprobar de quién era la bala que había alcanzado al enemigo”. Fue muy claro al decir que nunca se hablaba de eso en la familia. Era un asunto del pasado. O bien, digo yo, un asunto demasiado presente para verbalizarse allí, en Cabo Verde, en aquel país cuya independencia se debía justamente a aquellos contra quienes combatieron su padre y su tío.

Evoco esta pequeña historia porque me parece que ilustra bien el modo como aún hoy —más de cuarenta años después de la derrota del Imperio colonial portugués y de las independencias africanas— la guerra

sigue siendo un acontecimiento problemático. Por un lado, es un acontecimiento del pasado, distante de los problemas que hoy enfrenta la antigua metrópolis portuguesa y las sociedades poscoloniales africanas. Por otro, es al mismo tiempo un evento vivo en el cuerpo y en las palabras de quien combatió, y en las memorias difíciles que se fueron transmitiendo a través de palabras o silencios a las generaciones siguientes.

De este modo, este episodio que les conté ilustra el papel de lo que llamo “políticas del silencio” en el recuerdo y la transmisión del pasado. Por políticas del silencio entiendo el conjunto de mecanismos políticos, económicos, culturales, sociales, visuales, discursivos y subjetivos que contribuyen a “organizar el olvido”. Si es verdad que todas las sociedades poseen “políticas de la memoria” —explicitadas o no como tales— no es menos verdad que ellas son indisociables de las correlativas políticas del silencio a través de las cuales se seleccionan y jerarquizan determinados fenómenos y lecturas históricas y se establece socialmente su relevancia o irrelevancia. En verdad, percibir el modo “como las sociedades recuerdan” (para usar el título de una conocida obra del antropólogo Paul Connerton, 1989) implica simultáneamente percibir el modo en que los individuos y las sociedades olvidan o deciden olvidar.

4. La guerra entre la memoria y el olvido

¿Y cómo se fue recordando la guerra colonial en Portugal? Conviene subrayar previamente que, mientras duró, la guerra tendió a ser vista como si se tratara de acciones armadas en un mismo espacio nacional, llevadas a cabo por “terroristas”, los “turras” (una designación que pasó para el lenguaje común y que se usa, incluso hoy, como forma de tratar a los niños inquietos). Sabemos que las lógicas de consentimiento que los Estados y los gobiernos elaboran para justificar la guerra —sean ellos dictaduras o democracias— pasan por crear un discurso que instaura sentidos sobre la necesidad de la guerra y también campos de visión que definen lo humano y lo inhumano, lo justo y lo injusto, las vidas desconsideradas —como invisibles, como daños colaterales, como notas al pie de la historia— y a las que Judith Butler (2016) define como las *grievable lifes*, las vidas que se puede llorar legítimamente y cuya experiencia o sufrimiento integra la narrativa nacional.

Hay un contexto concreto en Portugal que es importante destacar. Para la dictadura, la guerra no solo era ilegítima. De alguna manera, la

guerra no existía. Existían, eso sí, acciones terroristas estimuladas por países o por dinámicas internacionales adversas a los intereses portugueses y a la convivencia secular con los africanos. De hecho, Portugal, en la lectura del Estado Nuevo, se extendía “del Miño a Timor”. O sea, desde una región portuguesa en el Norte (Miño) hasta los confines asiáticos donde se encuentra Timor Oriental, también colonia portuguesa en ese entonces. La presencia portuguesa en África no solo era legítima como parte de una identidad nacional enraizada, directamente conectada con la época dorada de los llamados “Descubrimientos”.

Esa imagen de un Portugal multicontinental se diseñó sobre todo a partir de finales del siglo XIX, pero fue con la dictadura del Estado Nuevo cuando se reforzó este imaginario. En 1930 se aprobó el Acto Colonial, una ley constitucional que regulaba las relaciones entre la metrópolis y las colonias. Allí se decía que “es de la esencia orgánica de la Nación Portuguesa desempeñar la función histórica de poseer y colonizar dominios ultramarinos y de civilizar a las poblaciones indígenas que se comprendan en ellos” (art. 2). Durante las décadas de 1930 a 1940 se hicieron grandes obras públicas, monumentos, exposiciones y productos culturales glorificadores del colonialismo portugués. Tal fue el caso de la Exposición Colonial de Oporto (1934) que tuvo más de un millón de visitantes, la Exposición del Mundo Portugués (1940) que tuvo cerca de tres millones de visitantes, o la construcción del parque temático del Portugal de los Pequeñitos en Coímbra, inaugurado en 1940 y aún en funcionamiento en moldes muy próximos al original.

A partir de la década de 1950 se dio un cambio importante. En el nuevo marco abierto con el fin de la Segunda Guerra Mundial y con las olas independentistas al sur del globo, Portugal buscó reconfigurarse. En 1955 se adhirió a las Naciones Unidas. Por la misma época, se fue afirmando un nuevo modelo interpretativo de la experiencia colonial. Substituyendo a las visiones anteriores, más nítidamente racistas, ganaba fuerza la ideología del lusotropicalismo, que definía al colonialismo portugués como diferente y más benigno con relación a las experiencias coloniales producidas por otras potencias europeas. La expresión fue creada en la década de 1930 por el sociólogo brasileño Gilberto Freyre y señalaba la capacidad innata de los portugueses para mestizarse e interpenetrarse culturalmente. Sobre todo, a partir de la década de 1950, el lusotropicalismo se incorporó en las élites del régimen, pero también tuvo una expresión visible diversificada en la

cultura de masas². En 1951, una revisión constitucional abolió el término “colonias” y pasó a hablar de “provincias ultramarinas”. Portugal dejaba jurídicamente de tener colonialismo, argumento que usaba para combatir la creciente presión internacional a favor de la descolonización.

Cuando reventó el conflicto, Portugal no reconoció estar combatiendo en una guerra. Al mismo tiempo, la información disponible para los ciudadanos era filtrada por los mecanismos de censura existentes y limitada por el recorte de las libertades públicas (con elecciones viciadas, con la prohibición de partidos políticos, con agresión y prisión para los opositores). Además, había una voluntad activa del régimen por esconder a la sociedad los impactos de la guerra, negando el apoyo institucional a los combatientes y a las familias de los militares muertos y heridos. Las familias de los militares muertos recibían la noticia en una carta con una cinta negra y una información lacónica y oficial del Estado; los heridos desembarcaban de noche y se mantenían recluidos en hospitales destinados para ellos.

Tal negación pública persistió hasta después de la implantación de la democracia, a pesar de las punzantes memorias de la guerra o del desborde del Imperio llevadas por los cerca de 800.000 soldados que combatieron en África y por los “retornados”, los cerca de 500.000 colonos que salieron del continente (sobre todo de Angola y Mozambique) rumbo a Portugal entre 1975 y 1978. En verdad, tras los años calientes de la revolución, el conflicto colonial fue, de hecho, poco problematizado. No es ajeno a esto el hecho de que los militares que desencadenaron el cambio político en Portugal participaron también de la guerra, lo que inevitablemente interfirió en la reflexión sobre el conflicto y, en particular, en el parco cuestionamiento de los episodios más sangrientos y la responsabilidad en los mismos. Por otro lado, el hecho de estar ante un acontecimiento poblado de episodios violentos tendió igualmente a circunscribir estos recuerdos al individuo o al núcleo de compañeros de armas que regularmente se seguían encontrando.

En 1979, el escritor António Lobo Antunes, en su novela *Os Cus de Judas* —expresión portuguesa que designa un lugar lejano y poco familiar, refiriéndose indirectamente a la Angola donde combatió—, daba cuenta de esa necesidad de escuchar el drama vivo de quien fue llevado a África para combatir. La novela es un largo monólogo marcado por el exceso de memoria del narrador y por la carencia de memoria en la sociedad. Es a una

² Sobre el lusotropicalismo, cfr. Cardão & Castelo (2015).

mujer silenciosa —que lo escucha en un bar y que después lo acompaña a casa para una madrugada de sexo— a quien el narrador recurre para contar una historia que aparentemente nadie más quiere escuchar:

Escuche. Míreme y escuche, necesito tanto que me escuche, que me escuche con la misma atención ansiosa con la que nos oímos las apelaciones de la radio de la columna debajo del fuego [...], escúcheme tal y como yo me incliné para sentir el aliento de nuestro primer muerto con la desesperada esperanza de que respirase aún, el muerto que envolví en un cobertor y coloqué en mi cuarto, era después del almuerzo y un letargo exquisito me borbombardaba las piernas, cerré la puerta y declaré Duerme bien la siesta, acá afuera los soldados me miraban sin decir nada, de esta vez no hay milagro mis chuchus (Antunes, 1983, p. 61).

De este modo, a partir de 1975, este conflicto se movió entre un amplio silencio y un conjunto de memorias subalternas, especialmente en el dominio privado y en los espacios que definen las memorias generacionales e intergeneracionales. Me gustaría mostrar un pequeño extracto de una entrevista a un excombatiente donde esto queda muy claro. A la pregunta, “¿Hablabas sobre la guerra?”, Albino Rodrigues responde:

—Muy poco. Casi nada. En casa nunca. Es curioso, no hablaba... Mire, es de tal magnitud, que yo... yo tengo la impresión de que fue ya después de los encuentros que mi mujer me dijo que tenía los aerogramas guardados. Que yo, era una cosa para mí... ella sabía que no se hablaba de la guerra. No se hablaba. No hablábamos. Es ese tipo de... después oyó contar, me recordaba de aquellos chicos... las pocas veces que la gente oía hablar de eso. Yo solo me atrevía a hablar de la guerra quizá cuando encontraba a otro individuo, si lo encontraba, que también hubiera estado allí. Entonces ahí sí, normalmente hablábamos un poco, porque nos encontramos allí... pero era incapaz de estar contando esto ahí para una persona cualquiera que no hubiera estado allí.

—¿Por qué?

—Tenía la sensación de que la persona no creía lo que yo decía, porque estaba de tal manera... andaba por ahí tanta... tenía la sensación de que iba a hablarle a un tipo que no... “está bien, ya se sabe esta historia”. Y, así, yo me quedaba dañado, ah... sabiendo que de la otra parte podía haber ese tipo

de sentimiento, “está aquí contando una historia, pero no es nada así”. Por lo tanto, tenía... necesitaba tener la convicción de que el otro interlocutor me entendía o me aceptaba porque eventualmente había vivido una cosa parecida (Rodrigues, entrevista personal el 26 de junio de 2018).

Así, Rodrigues nos habla de la guerra como un silencio tejido en casa, un silencio transmitido a otros e impuesto a sí mismo; solo más tarde supo que la esposa guardaba los aerogramas (las cartas que envió mientras estaba en Guinea, en 1968 y 1969). “Necesitaba tener la convicción de que mi interlocutor me entendía”, dice, notando que socialmente fue prevaleciendo la incapacidad de comprender la experiencia de aquellos soldados. Por un lado, ellos mismos —los excombatientes— construían entre sí lo que Winter (2010) denominó “silencio esencialista”. O sea, la autoridad del discurso queda confinada a quien tuvo la experiencia directa de un evento determinado. Solo puede hablar de la guerra quien la hizo. Al mismo tiempo, y en un contexto (años 70 y 80) en que Portugal busca reconfigurarse como nación europea y olvidar sus fantasmas africanos, la disponibilidad social para la escucha es muy poca. Ellos eran la prueba viva de un pasado que públicamente el Portugal europeo prefirió olvidar o representar como distante.

Fue el campo literario el que primero, después del 25 de abril, produjo obras capaces de transformarse en *locus* privilegiados de reflexión y catarsis sobre la experiencia colonial portuguesa y la forma como se efectuó o se deshizo. Los ejemplos más conocidos son *Os Cus de Judas* (António Lobo Antunes, primera edición en 1979) y *A Costa dos Murmúrios* (Lídia Jorge, primera edición en 1988)³. Un vasto conjunto de novelas y poemas se hicieron, a finales de la década de 1970 y durante las décadas de 1980 y 1990, como mecanismos de problematización del pasado colonial y de la experiencia de la guerra, y configuraron lo que Aguilar (1996) —al referirse al papel de la cultura en el destruir del silencio en torno a la guerra civil española— clasificó como “atesoramiento del silencio”. A este *corpus* se sumó un número progresivamente creciente de memorias salidas a la luz en los años siguientes. Más recientemente, surgieron un conjunto de documentos y otros productos culturales de alcance mediático, de los cuales el más sig-

³ Sobre el tema de la guerra en la novela y la poesía portuguesas, véase, por ejemplo, Teixeira (1998), Medeiros (2000), Calafate (2004) y Vecchi & Calafate (2011).

nificativo fue la serie televisiva *La guerra*, realizada por Joaquim Furtado y exhibida en la RTP 1, en 42 episodios, entre 2007 y 2012⁴.

En la década de 1990, la memoria de la guerra ganó mayor visibilidad en el país y aumentó el número de encuentros de excombatientes. En 1999, el Estado portugués extendió el concepto de “incapacitado de las Fuerzas Armadas” a los portadores de “perturbación psicológica crónica resultante de la exposición a factores traumáticos de estrés durante la vida militar”⁵. Se asumió la idea del combatiente como víctima de una guerra a la que fue arrastrado y de la cual sufría secuelas. Poco antes (1994) se había inaugurado un gran “Monumento a los Combatientes de Ultramar”. Unos años después se registró un brote de pequeños monumentos en pueblos y ciudades del país. Les dejó apenas unas cifras que son relativamente expresivas de este *boom* en la última década y media. Identificamos provisionalmente 355 monumentos sobre la guerra: 15 realizados durante la guerra, 37 entre 1974 y 2002, y 303 entre 2003 y la actualidad. Casi todos los pueblos y las ciudades tienen monumentos sobre la guerra —y, claro, nombres de calles—, donde se valora el esfuerzo patriótico de los excombatientes y se llora a los muertos de la tierra⁶.

De este modo, si durante mucho tiempo la guerra colonial resistió a su inscripción en el espacio público, en las últimas dos décadas ha venido a potenciar reflexiones de naturaleza artística, historiográfica y testimonial, y a alojarse en la memoria pública a partir de algunos recortes experienciales. De forma dominante, estos ejercicios tienden a subrayar el hecho de que se

⁴ En 2007, el más conocido programa portugués de debate televisivo, *Pros y contras*, emitió una sesión especial por el lanzamiento de la serie. El tono dominante acabó por dejar entrever la persistencia de ciertos tópicos. Más allá de un claro enfoque en las dimensiones militares y diplomáticas, una parte significativa del debate acabó por centrarse en la pertinencia o no de las expresiones “guerra de ultramar” o “guerra colonial” para caracterizar el conflicto. O sea: si se debería asumir la designación más común en el pos 25 de abril y genéricamente acogida por la crítica historiográfica (“guerra colonial”), o si, alternativamente, debería acogerse la nomenclatura avanzada por el Estado Nuevo, elaborada en el cuadro de las reformulaciones jurídicas que emprendió a partir de 1951 para hacer frente a las presiones descolonizadoras surgidas en la posguerra (“guerra de ultramar”).

⁵ Ley 46/99. Sobre el estrés postraumático, véase Albuquerque & Lopes (1994), y Quintais (2000).

⁶ Datos provisionales recogidos por André Caiado.

ha tratado de un conflicto armado (una “guerra”), lo que secunda el hecho de que se haya desarrollado en el marco de un determinado orden al que se ha convenido llamar “colonialismo”.

5. Las permanencias de un colonialismo imaginado como suave

En ese sentido, ¿qué dimensiones históricas, políticas y sociales resisten a ser enmarcadas en esta narrativa dominante? Para entenderlo, toca volver al modo en que Portugal se imaginó en cuanto potencia colonial. Ese legado, asentado en la idea de excepcionalidad de la experiencia colonial portuguesa, persiste de alguna forma incluso hoy. Al referirse a Portugal, el filósofo Eduardo Lourenço definió el colonialismo como “lo nuestro impensado”. Para Lourenço, Portugal es el lugar “de la más espectacular buena conciencia colonial que la Historia registra”, basado en el olvido activo de que “su imperio era fruto de la colonización, esto es, del encuentro con otro bajo una forma que no excluye, ni excluyó, la violencia” (2014, p.137). La fuerza de esta representación ayuda, por otra parte, a explicar la perplejidad con la que, incluso hoy, se mira esta cuestión de la violencia ejercida en la guerra, justamente porque no se le reconocen razones, causas y contextos.

Un ejemplo: mirando los discursos proferidos por el antiguo presidente de la república, Aníbal Cavaco Silva, entre 2006 y 2014, en el ámbito de las conmemoraciones del 25 de abril (día en que se celebra el régimen democrático) y del 10 de junio (día en que se celebra la nacionalidad), vemos que ahí —en 16 discursos analizados que hablan del pasado portugués— están completamente ausentes palabras como “colonialismo”, “colonización”, “racismo” o “esclavismo”. Al contrario, se valoriza el “universalismo portugués” como algo que dio lugar a una presencia en el mundo, no solo única, sino aún hoy culturalmente viva, políticamente fructífera y socialmente apreciada. Por ejemplo, en el discurso del 10 de junio de 2008, Cavaco Silva afirma: “Portugal no se limitó a andar por el mundo y a conocer vagamente a otros pueblos con quienes se enfrentó o negoció. Portugal se entendió y realmente se mezcló con los otros, arraigó fuera del hogar, sentó las bases de nuevas naciones y puentes para el diálogo internacional que hoy tanto reivindicamos”.

Este breve extracto condensa tres ideas fuertes que parecen sugerir lo benigno del colonialismo portugués con relación a otros colonialismos. En primer lugar, se destaca la diferencia de su cosmopolitismo (“no se limitó a andar por el mundo”, sino que efectivamente “arraigó fuera del hogar”). En segundo lugar, se define la relación histórica entre los pueblos colonizados y portugueses a la luz de la socialización y las nociones de convivencia y mestizaje (“Portugal se entendió y realmente se mezcló con los otros”). Por fin, se señala, de forma poco precisa, que “las nuevas naciones” surgieron de las “bases” lanzadas por los portugueses. Se trata, en efecto, de un borrado del proceso anticolonial que estuvo en la génesis de las naciones africanas y de una reconfiguración de los rasgos fundamentales del lusotropicalismo (Cardina, 2016, pp. 31-42).

De hecho, a pesar del papel central de la guerra en el cambio político ocurrido en Portugal el 25 de abril de 1974, prevalece en estos discursos un borrado casi total de la guerra colonial. Cuando se tiene que mencionar el tema —como sucedió en 2011 en la Ceremonia de Homenaje a los Combatientes de la Guerra en África—, Cavaco Silva usa las expresiones “Guerra de África” o incluso “Guerra de ultramar”, designación usada por el Estado Nuevo para indicar que la guerra ocurría no en las “colonias” —que el régimen no reconocía tener—, sino en las “provincias ultramarinas” (la designación usada a partir de la revisión constitucional de 1951). En efecto, la expresión “guerra colonial” no surge en los discursos analizados y el propio término “guerra”, sin otro calificativo adjunto, aparece una sola vez, en el discurso del 25 de abril de 2010: allí se hace una mención abstracta a un tiempo histórico cuando “caía un régimen cansado de la guerra”.

Curiosamente, en 2008, Cavaco Silva —que fue militar en Mozambique— será confrontado con el tema en ese país africano. Fue cuestionado entonces, en una visita oficial, acerca de la falta de reconocimiento por parte del Estado portugués de las masacres a las poblaciones, como la que se dio en Wiriamu, el 16 de diciembre de 1972, cuando tropas portuguesas destruyeron cinco núcleos poblacionales donde se sospechaba de la penetración de la guerrilla, matando a cerca de 400 hombres, mujeres y niños (Lopes, 1972). Cavaco Silva responde entonces que no se debe “seguir siempre mirando hacia el pasado”. En Portugal, conviene señalar que la violencia de la guerra continúa siendo eludida y que ningún militar ha sido juzgado o responsabilizado posteriormente por eventuales “crímenes de guerra”.

Este debate acerca del pasado colonial se ha acalorado particularmente en las últimas semanas y meses. A propósito de la idea de construir en Lisboa un “Museo del Descubrimiento”, se ha desencadenado un debate centrado sobre todo en el nombre: Museo de los Descubrimientos, del Viaje, de la Interculturalidad de Origen Portugués. Esto todavía no va más allá de una intención expresada por el alcalde municipal, pero lo cierto es que el asunto desencadenó un debate que implicó a diferentes sectores sociales y académicos, y también a movimientos antirracistas y afrodescendientes. En 2017, por otro lado, una de las propuestas vencedoras presentadas al presupuesto participativo de Lisboa llegó de una asociación de afrodescendientes y consistió en la creación de un Memorial de las Víctimas de la Esclavización (recordemos que Portugal no tiene ningún monumento o espacio memorial acerca de la esclavización y que tuvo un papel muy relevante en el tráfico transatlántico de sujetos esclavizados que fueron llevados desde África a las Américas). Directa o indirectamente, Portugal fue responsable del 47% de ese tráfico y, a pesar de ello, el tema permanece casi ausente en el espacio público (Bethencourt, 2013, p. 188).

6. Pluralizar el pasado

Regreso a la guerra y llego a la última pregunta que quería formular: ¿cómo complejizar y democratizar este pasado? Podría en realidad transformar esta pregunta en otra: ¿qué es una guerra? En el caso de la guerra colonial portuguesa (y en todas las guerras, me arriesgo a generalizar), su comprensión como un hecho militar con sus respectivos agentes tiende a crear amplias manchas de invisibilidad. Parto, entonces, del principio de que la guerra fue más que una guerra. En este caso específico que analizo, fue una guerra que: 1) se desarrolló en el marco de un orden colonial, con sus categorías y violencias previas e intrínsecas; 2) no implicó solo a los excombatientes, sino a toda la sociedad, y 3) puede ser pensada como no confinada en su tiempo cronológico estricto (o sea, 1961-1974). Por ello, democratizar la memoria de la guerra pasa por incluir otros trayectos biográficos, otras narrativas, otras vivencias generalmente ignoradas.

Democratizar la memoria de la guerra es abrir un espacio para considerar, por ejemplo, a los combatientes que volvieron de África con secuelas físicas y psicológicas (Martins, 2015). Democratizar la memoria de

la guerra es considerar el papel de los millares de desertores y opositores que huyeron de Portugal durante la guerra y que, por eso, se sustraen de los modelos de deber, patriotismo y masculinidad que aún hoy son dominantes en Portugal (Cardina, 2018). Democratizar la memoria de la guerra es considerar a las mujeres de los excombatientes, tantas veces relegadas a la condición de cuidadoras informales o como testimonio, en algunos casos, de la transferencia de la violencia de la guerra a la violencia en el hogar, como lo muestra el documental *Quien va a la guerra* de Marta Pessoa (2011). Democratizar la memoria de la guerra es hablar de los cerca de 500.000 soldados africanos incorporados al ejército portugués —en los años finales de la guerra, cerca de la mitad del contingente en combate— y que fueron dejados en sus territorios en el momento de las independencias; una parte de ellos fueron asesinados, objeto de procesos de expiación de culpa o incorporados para combatir en las guerras civiles que se sucedieron (principalmente en Angola y Mozambique) (Rodrigues, 2011).

Democratizar la memoria de la guerra es hablar aún de las vidas de los hijos dejados por los soldados en África. La periodista Catarina Gomes escribió recientemente acerca de ello, y abrió un debate acerca de una de las dimensiones silenciadas de la historia de la guerra. En especial, a partir del caso de Guinea, muestra cómo esos hijos, hoy personas con más de 40 años, buscan dar sentido a una historia con carencias o encontrar nuevas posibilidades de vida en Europa. El tono de piel más claro, que denuncia ser el resultado de actos sexuales con el colonizador, fue motivo de ostracismo social y familiar en la Guinea independiente. En Portugal, los padres intentan, en su mayoría, olvidar o interrumpir los contactos telefónicos (o, cada vez más, por internet), recelosos ante los impactos que ese hallazgo tendría en su familia o de la transformación de esos hijos en herederos (Gomes, 2018).

Para democratizar la memoria de la guerra deberemos proceder a un ejercicio hermenéutico en línea con lo que Walter Benjamin nos animaba a hacer cuando hablaba, en sus *Tesis sobre la Filosofía de la Historia*, de “cepillar la historia a contrapelo” (1995, p. 79). En este caso, ese gesto obliga a accionar una “sociología de las ausencias” (Santos, 2002, p. 237) que cuestiona las políticas de representación dominantes y los mecanismos sociales de producción de visibilidad e invisibilidad. Para hacer explícita esa necesidad de rescatar memorias que no solo se definan como diferentes o subalternas con respecto a un marco memorial dominante, sino capaces también de desafiar los tópicos a través de los cuales ciertas lecturas se vuelven hege-

mónicas, es importante efectuar un gesto simultáneamente metodológico y ético-político que consistirá en cruzar las memorias relativas a ese pasado.

7. Descolonizar la memoria

¿Es posible pensar la memoria de la guerra y de la lucha más allá de un corsé interpretativo que la centra en los diferentes espacios nacionales? Es esta indagación la que ha llevado al desarrollo, en el ámbito del proyecto CROME, de un concepto como el de “memorias cruzadas”. Con él se pretende evocar tres tipos de cruzamientos: en primer lugar, el cruzamiento entre diferentes tiempos históricos (“la memoria de la guerra hoy no es la memoria de ayer”); en segundo lugar, el cruzamiento entre diferentes países e historias nacionales, con el conocimiento, obviamente, de que la “historia única” es con frecuencia una imposición desde arriba que no tiene en cuenta las diferentes memorias resultantes de pertenencias generacionales, étnicas, de género, religión, raza, clase, etc.; en tercer lugar, el cruzamiento entre diferentes “vehículos de memoria” (Rousso, 1991, p. 219) (o sea: ceremonias o monumentos, grupos sociales y políticos u obras culturales, etc.), lo que permite detectar confluencias o disonancias entre diferentes modos de transmitir el pasado. Con el concepto de “memorias cruzadas” se pretende, así, evidenciar los tránsitos y las modelaciones que las representaciones del pasado adquieren entre diferentes espacios, tiempos e instituciones.

Se trata, de este modo, de cuestionar la guerra como un evento que solo dice respecto a quién se combatió —esos serían hombres, blancos y originarios de la entonces metrópoli portuguesa—, y, simultáneamente, descolonizar las representaciones que, en la dificultad de reconocer la dimensión violenta inscrita en el colonialismo, mantienen la imagen de una guerra inesperada, de baja intensidad, circunscrita a determinadas zonas del territorio africano colonizado y con una cronología asentada en los eventos militares.

Un ejercicio interesante consiste en confrontar la cronología de la guerra producida a partir de los antiguos territorios colonizados. De esta manera se evidencia la posibilidad de enredos de memoria que convocan otros marcadores temporales. No se trata de entender esas representaciones como la verdad contra el error, ni de eludir el que ellas son dependientes de la historia poscolonial de cada uno de esos países. Se trata, eso sí, de consi-

derar productiva una comparación que tiene la ventaja de ser hecha a partir de dos “significantes mnemónicos” (Feindt *et al.*, 2004, pp. 24-44) —guerra colonial y lucha de liberación— que no son necesariamente coincidentes: la guerra que remite al conflicto entre el Estado portugués y los movimientos de liberación, y la lucha como expresión de otras resistencias en las cuales tienen cabida narrativas más vastas sobre los procesos de construcción de la diferencia colonial, sobre micro y macroviolencias, sobre modalidades de respuesta a la presencia portuguesa, y sobre los modos, no siempre unívocos, de construcción de identidades y lealtades.

El ejercicio comparativo propuesto busca confrontar los regímenes de memoria de este pasado, fuertemente definidos por los procesos de construcción de la nación (en África) o de su resignificación (en Portugal). Menciono una ilustración visual de esto. En *Mortu Nega (Muerte negada)*, una bellísima película de 1988 acerca de las esperanzas de la lucha anticolonial y sobre los desafíos que la siguieron, el cineasta Flora Gomes pone en la boca de una guineana esa lectura: “esta guerra comenzó antes de nacer mi madre y antes de nacer mi abuela”. Es importante señalar que, incluso en 1936, Portugal no había conseguido tener el control administrativo de algunas zonas de Guinea, un prolongamiento tardío de las llamadas “guerras de pacificación” del siglo XIX. La resistencia a la ocupación colonial duró, pues, por lo menos hasta 1936 y se volvió a reavivar dos décadas después⁷. Las lecturas acerca del significado de la guerra pueden ligarse también a acontecimientos anteriores asociados a la violencia y al cariz de la ocupación colonial en cada territorio y, claro, a las especificidades de los regímenes de memoria y de poder que cada historia nacional engendró.

8. Conclusión

La memoria y el olvido son construcciones sociales reformuladas continuamente en la relación dialéctica con el orden social y la política vigentes. To-

⁷ Aunque es evidente que estas “guerras de pacificación” no son lo mismo que las guerras coloniales —ni históricamente ni por los actores implicados—, ellas configuran, sin embargo, momentos de resistencia, por un lado, y de violencia institucionalizada, por otro, que pueden ser percibidos como dos capítulos de una misma historia.

das las sociedades poseen “políticas de memoria” indisociables de “políticas de silencio” a través de las cuales se construyen representaciones selectivas del pasado. No pretendo con esto desvalorizar el lugar que el silencio puede tener como práctica sanadora, como estrategia de reconciliación o como experiencia de luto. En efecto, alguna parte de olvido es necesaria para que los individuos y las sociedades puedan seguir adelante. Eso mismo nos recordó Jorge Luis Borges en aquel maravilloso cuento sobre Ireneo Funes, el uruguayo que, por recordarlo todo, era incapaz de seleccionar los hechos y encontrar espacio para la reflexión (Borges, 1998).

En el título de esta mesa está presente una pregunta implícita: ¿cómo construir sociedades más justas e integradas? Lo que aquí intenté defender es que esa tarea implica —para quienes trabajan sobre la memoria— iniciar un análisis crítico acerca de los usos del pasado y las genealogías del poder. Porque el poder es el mecanismo que produce las separaciones entre lo dicho y lo no dicho (o entre lo audible y lo no audible) y que, de este modo, legitima las dinámicas de amnesia social y producción de la no existencia. A partir del caso concreto de la guerra en Portugal, se vuelve nítido cómo un determinado complejo histórico-memorial nos habla de una sociedad que vive todavía rehén de imágenes complacientes relativas a su pasado colonial. Pluralizar y cruzar memorias permite entender la guerra como parte de una historia más vasta de violencia y como un episodio que sobrepasa las lógicas militares estrictas, abriendo el pasado a otras voces. Ese proceso de abrir el pasado siempre es una forma de hacer más justos e inclusivos los presentes que nos tocan vivir y los futuros que podemos imaginar.

Referencias bibliográficas

- Albuquerque, A. & Lopes F. (1994). Características de um grupo de 120 ex-combatentes da guerra colonial vítimas de ‘stress de guerra’ . *Vértice*, 58, pp. 28-32.
- Antunes, A. (1983). *Os Cus de Judas*. Lisboa: Dom Quixote.
- Aguilar, P. (1996). *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Madrid: Alianza Editorial.
- Azevedo, R. (1998). *A Guerra colonial e o Romance Português. Agonia e Catarse*. Lisboa: Editorial Notícias.

- Bethencourt, F. (2013). *Racisms. From the Crusades to the Twentieth Century*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- Benjamin, W. (1995). *Tesi di Filosofia della Storia. Angelus Novus. Saggi e frammenti*. Torino: Einaudi.
- Borges, J. (1942). *Cuentos completos*. Barcelona: Lumen.
- Butler, J. (2016). *Frames of War. When is Life Grievable?* London: Verso.
- Calafate, M. (2004). *Uma História de Regressos. Império, guerra colonial e pós-colonialismo*. Porto: Afrontamento.
- Cann, J. (1997). *Counterinsurgency in Africa. The Portuguese Way of War, 1961-1974*. Westport: Greenwood Press.
- Cardina, M. (2016). Memórias Amnésicas? Nação, discurso político e representações do passado colonial. *Configurações*, 17, pp.31-42.
- ___ (2018). *Deserção de Antigos Alunos Oficiais da Academia Militar. As Voltas do Passado. A guerra colonial e as lutas de libertação*. Lisboa: Tinta-da-China.
- Cardão, M. & Castelo, C. (2015). *Gilberto Freyre. Novas leituras, do outro lado do Atlântico*. São Paulo: Edusp.
- Connerton, P. (1989). *How Societies Remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Feindt, G. et al. (2004). Entangled Memory: Toward a Third Wave in Memory Studies. *History and Theory*, 53, pp. 24-44.
- Gomes, C. (2018). *Furriel não é nome de pai*. Lisboa: Tinta-da-China.
- Lourenço, E. (2014). *Consciência Africana e Situação Nacional. O colonialismo como nosso impensado*. Lisboa: Gradiva.
- Lopes, A. (1972). *O antigo alferes não pede desculpas por Wiriamu. O massacre português de Wiriamu*. Moçambique, Lisboa: Tinta-da-China.
- Medeiros, P. (2000). *Hauntings: memory, fiction, and the Portuguese colonial wars. Commemorating War: The Politics of Memory*. New York: Routledge.
- Matos, C. (2011). *A africanização na guerra colonial e as suas séquelas. As Guerras de Libertação e os Sonhos Coloniais. Alianças secretas, mapas imaginados*. Coimbra: Almedina.
- Ramos, A. (2014). Angola 1961, o horror das imagens. En: F. L. Vicente (ed.), *O Império da Visão: Fotografia no Contexto Colonial português (1860-1960)* (pp. 397-432). Coimbra: Almedina.
- Rodrigues, A. (26 de junio de 2018). Entrevista a Miguel Cardina, Verónica Ferreira e André Caiado.

- Rodrigues, F. (2012). *Antigos Combatentes Africanos das Forças Armadas Portuguesas. A Guerra Colonial como Território de (Re)conciliação*. Coimbra: Faculdade de Economia da Universidade de Coimbra.
- Rouso, H. (1991). *The Vichy Syndrome. History and Memory in France since 1944*. Cambridge, Londres: Harvard University Press.
- Sousa Santos, B. (2002). Para uma sociologia das ausências e uma sociologia das emergências. *Revista Crítica de Ciências Sociais*, 63, pp. 237-280.
- Teixeira, R. de A. (1998), *A Guerra colonial e o Romance Português. Agonia e Catarse*. Lisboa: Editorial Notícias.
- Quintais, L. (2000). *As guerras coloniais portuguesas e a invenção da História*. Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais.
- Vecchi, R. & Calafate, M. (eds.) (2011). *Antologia da memória poética da Guerra Colonial*. Porto: Afrontamento.
- Winter, J. (2010). *Thinking about silence. Shadows of War. A Social History of Silence in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.